Las Tendencias de la Insurgencia y Contrainsurgencia

Dr. John A. Lynn

YA SEA QUE acojamos o no el prospecto con brazos abiertos, las operaciones de contrainsurgencia forman parte de nuestro futuro. El desarrollo de estados [también conocido como *statebuilding* y *nationbuilding*] y la contrainsurgencia son las tareas primarias de las Fuerzas Armadas de los EE.UU. Como ha destacado el General Anthony Zinni del Cuerpo de Infantería de Marina de los EE.UU., "El conflicto militar ha cambiado y hemos estado renuentes en reconocerlo." Derrotar las fuerzas de un estado/nación en el combate convencional no es una tarea para el siglo XXI. Misiones irregulares para derrotar las amenazas transnacionales o reconstruir naciones están de moda, pero no nos hemos adaptado a esta realidad."[1] Para Zinni, el desarrollo de estados, el mantenimiento de la paz y la contrainsurgencia no son operaciones militares de no guerra, *son* la guerra.

En *The Pentagon´s New Map* [El Nuevo Mapa del Pentágono, 2004], Thomas Barnett sostiene que para erradicar por completo el terrorismo debemos integrar el mundo entero en la economía global y proporcionar a todos su propio interés en la misma, lo cual significa en otras palabras que si los terroristas viajan en el tren no querrían sabotear los carriles.[2] Barnett agrega que cuando no sirven los incentivos en búsqueda del bien común, es posible que tendremos que forzar a los regímenes a unirse al resto del mundo. Esto requeriría unas fuerzas de maniobra para efectuar un cambio de régimen coercido, seguido por el desarrollo de estados para crear la estabilidad y seguridad ante algún nivel de insurgencia.

A medida que anticipamos las futuras insurgencias, ganamos mucho al examinar algunos ejemplos del pasado. Aquí comienza la labor del historiador militar. El pasado no nos proporciona las reglas, sino nos alerta de importantes asuntos y dinámicas. El pasado nunca puede reemplazar el conocimiento del desafío actual, sino puede ayudarnos a interpretarlo.

El modelo básico de insurgencia/contrainsurgencia

El modelo histórico de insurgencia y contrainsurgencia que se presenta en este artículo es un intento para determinar el sentido de la guerra insurgente en la segunda mitad del siglo XX para entender las amenazas emergentes del siglo XXI. Durante la Guerra Fría, el "hogar" de una insurgencia solía ser un país, pero una insurgencia podía surgir en una subdivisión de ese país. Es más probable que una insurgencia actual vaya a cruzar fronteras internacionales, particularmente aquéllas establecidas sin respeto a las realidades étnicas, culturales o religiosas. El modelo representa el hogar como una caja definida por características geográficas, étnicas, económicas, sociales, culturales y religiosas. Dentro de la caja existen gobiernos, fuerzas contrainsurgentes, líderes y fuerzas insurgentes así como la población general, que consiste en tres grupos: los que están comprometidos a la causa insurgente, los comprometidos a los contrainsurgentes y los que sólo quieren vivir en paz. A menudo, pero no siempre, los estados o grupos que ayudan a una facción u otra se encuentran fuera de la caja. La intervención de elementos fuera de la caja tiene su propia dinámica.

En las anteriores "guerras de liberación" anticoloniales, nacionalistas y marxistas, el gobierno en el poder y sus adversarios insurgentes lucharon por el asunto crucial

y complejo de la legitimidad; o sea, cual gobierno se considera la autoridad legítima. Los gobiernos reclaman la legitimidad basada en la historia, ideología, cultura, antecedentes económicos, fuerza—y, a veces, la representación política. Antes del desmembramiento de la Unión Soviética, la ideología marxista, nacionalista o, en el caso de Afganistán, religiosa reforzó el reclamo de la legitimidad por parte de los insurgentes, pero las reivindicaciones específicas en contra del régimen normalmente produjeron los argumentos más convincentes para reclamar la legitimidad. En cualquier lucha para ganar lealtades, es posible que el régimen en el poder no pueda superar la ideología insurgente, sino pueda desafiar sus reclamos de legitimidad al enfrentar y resolver las reivindicaciones.

Sin embargo, mientras que instituir las reformas implica un progreso bien intencionado, la reforma siempre es un arma de doble filo. Cuando un gobierno relativamente seguro inaugura reformas oportunas, demuestra su buena voluntad y fortalece su legitimidad, pero las reformas repentinamente improvisadas pueden ser vistas como una prueba fehaciente de su debilidad, un esfuerzo de última hora para mantener su control del poder. Cuando un elemento externo dicta las reformas, como fue el caso en Vietnam, éstas a menudo se consideran sumisión a una fuerza extranjera con principios foráneos. Las reformas para cambiar la caja y eliminar las reivindicaciones o quejas no socavan automáticamente el apoyo para los insurgentes; depende de las circunstancias. Además, la reforma no se realiza solamente dentro de la caja; cambia la caja misma, a menudo con consecuencias desconocidas.

Históricamente, la prueba crucial de la legitimidad es la habilidad de una parte o la otra de garantizar la seguridad de la población. Para entender eso, debemos considerar la naturaleza del apoyo popular. Aquéllos que dependen del gobierno defienden su reclamo de legitimidad. Puedan tener otras razones más altruistas para respaldar el régimen en el poder, o simplemente para beneficiarse del estatus quo en un sentido simplemente material, como una clase alta de terratenientes, por ejemplo.

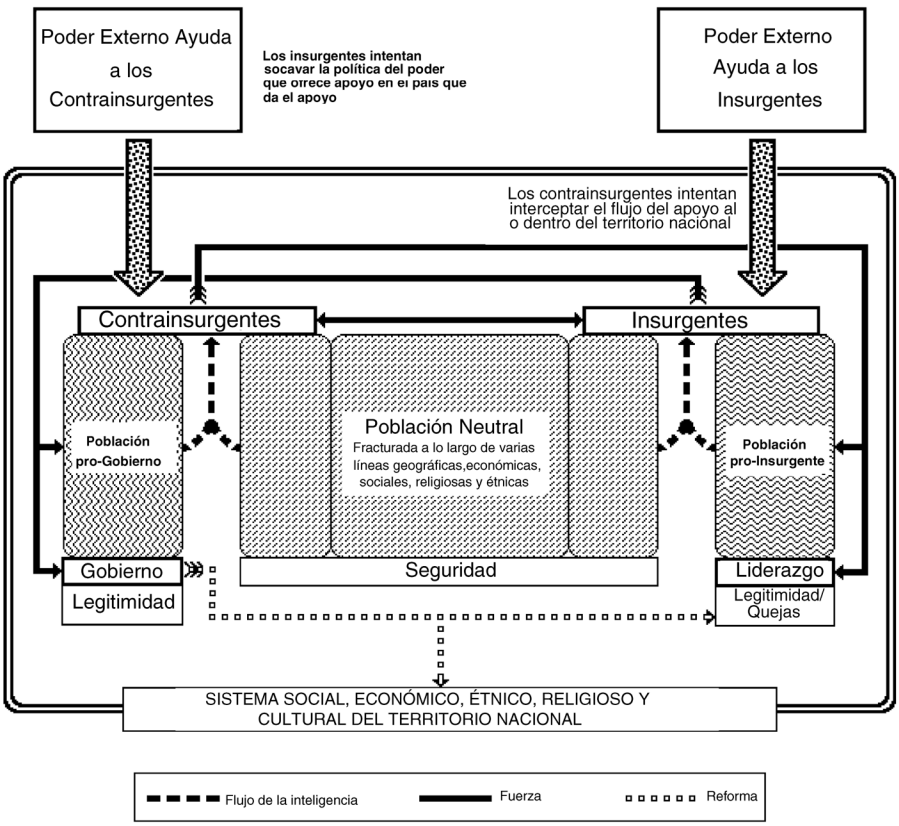
Al otro lado del espectro se hallan aquellos que están completamente comprometidos a la insurgencia. Este segmento de la población niega la legitimidad del gobierno y acepta la de los insurgentes. La existencia de una insurgencia implica una base de apoyo popular que respalda activamente o por lo menos tolera los insurgentes. Mao Tse-tung habló de guerrilleros como peces en la mar, una metáfora que sugiere que existe una gran mar de apoyo y los peces no pueden sobrevivir fuera de la misma.

La necesidad de una base de apoyo siempre conforma las acciones de los insurgentes y los contrainsurgentes. Entre los segmentos comprometidos yace la mayoría que es esencialmente neutral en la lucha partidaria. El partido contendiente—ya sea el gobierno o los rebeldes—que mejor garantiza la seguridad gana el apoyo de la mayoría, aunque con reticencias. En este punto la tarea del gobierno es más difícil que la de la insurgencia. El gobierno debe demostrar que puede combatir eficazmente contra los insurgentes a medida que también proteger la población. Los insurgentes sólo tienen que demostrar que pueden mejor proteger la población o, aún más fácil, establecer un nivel de caos y destrucción suficiente para demostrar que las autoridades en el poder no puede protegerla. Los insurgentes pueden ejercer su influencia al convencer a la población que la paz regresará sólo cuando éstos ganan lo que exigen. Los insurgentes pueden ser eficaces mediante la destrucción, y siempre es más fácil destruir que crear. Requiere el genio de un Leonardo DaVinci para pintar el retrato de Mona Lisa, pero no se necesita la malevolencia de un maniático con un navaja para hacerla trizas.

Dentro de la caja existen gobiernos, fuerzas contrainsurgentes, líderes y fuerzas insurgentes así como la población general, que consiste en tres grupos: los que están comprometidos a la causa insurgente, los comprometidos a los contrainsurgentes y los que sólo quieren vivir en paz. A menudo, pero no siempre, los estados o grupos que ayudan a una facción u otra se encuentran fuera de la caja.

La violencia es el punto central de la guerra. Los insurgentes atacan las instituciones y personal del gobierno, las tropas de la contrainsurgencia y el segmento pro-gobierno de la población. Las instituciones gubernamentales bajo el ataque incluyen las oficinas y agentes administrativas así como la infraestructura política y económica. Los contrainsurgentes responden al atacar los líderes de la insurgencia (tal vez ya formados en un gobierno clandestino), las fuerzas insurgentes y sus partidarios comprometidos. Pero a medida que la violencia se vuelve en el punto central, debemos hacer una importante distinción entre los tipos de violencia que están involucrados.

En su clásica obra, *War in the Shadows* [La Guerra en las Sombras], Robert Asprey distingue entre lo que denomina la violencia cuantitativa y la cualitativa.[3] La violencia cuantitativa es esencialmente indiscriminada. Podemos medirla en términos cuantitativos, por ejemplo, en la cantidad de municiones disparadas, toneladas de bombas lanzadas o el número de cadáveres. Al contrario,



la violencia cualitativa discrimina; selecciona sólo ciertas víctimas en una manera para minimizar los daños colaterales a medida que se maximiza el efecto político. En una guerra convencional, las tropas que están bajo fuego desde una aldea probablemente pedirían un ataque aéreo, pero en la misma situación, los insurgentes están más dispuestos a seleccionar los líderes de la aldea y matarlos, pero en una manera que dejará una impresión duradera de terror. En términos simples, con la violencia cuantitativa, cuántos matan es importante; en la cualitativa, lo que importa es quién mata.

La violencia cuantitativa es apropiada en contra de los insurgentes organizados y equipados para la guerra convencional. Pero a menudo, una contrainsurgencia funciona mejor cuando identifica un enemigo y se concentra sólo en él. El uso de la violencia deja un residuo letal. Aquéllos que han sufrido daños o cuyos amigos y familia han sido victimas no apoyan a los perpetradores de la violencia sino sienten rencor y buscan la retribución en contra de éstos. Es posible que matar a muchos insurgentes no debilite el enemigo sino simplemente impulsar sus esfuerzos de reclutar nuevos integrantes.

Los insurgentes y contrainsurgentes luchan para ganar la lealtad de la población, pero un poder de intervención hace bien simplemente en ganar la conformidad voluntaria con sus políticas. Hablar de ganar los corazones y mentes tal vez sea engañoso. Las palabras parecen imponer prioridades de amabilidad e ideología, pero los actos de amabilidad no son adecuados para guerreros armados y vigilantes. Convencer a la población de aceptar nuevas creencias es en el mejor de los casos un proceso de largo plazo y una tarea notablemente difícil para las fuerza extranjeras que vienen de otras culturas y hablan una variedad de idiomas. Pero si el modelo aquí es correcto, proporcionar la seguridad hace mucho para ganar la lealtad y conformidad.

El empleo de la fuerza puede proporcionar la seguridad, pero sólo cuando es aplicada con cuidado. Las fuerzas contrainsurgentes tienen que perseguir, capturar y matar a los maleantes, pero los ataques mal concebidos que toma como víctima a una población neutral socavan la seguridad. La moderación—no herir la gente erróneamente—es el punto clave para lograr el éxito, pero la moderación no es compatible con el espíritu guerrero. Una mejor palabra sería "enfoque" (la violencia dirigida al blanco apropiado y golpear solo el mismo) al emplear el fuego de un francotirador, por ejemplo, en lugar de una barrera de fuego de artillería. Una manifiesta agresividad en contra de un enemigo conocido no debe ser indiscriminada ni mal dirigida, y una enfocada agresividad requiere valentía. Al restringir la violencia para los adversarios conocidos, uno llega a ser vulnerable a los enemigos que esconden en la multitud. La misión de derrotar la insurgencia debe ser la meta principal antes del deseo de protegerse en contra de cualquier amenaza.

Determinar la diferencia entre amigo y enemigo requiere una buena inteligencia. Los insurgentes dependen de la información proporcionada por sus propias actividades, por el segmento pro-insurgente de la población y la parte de la población neutral bajo su influencia. Al contrario, los contrainsurgentes dependen de la inteli-

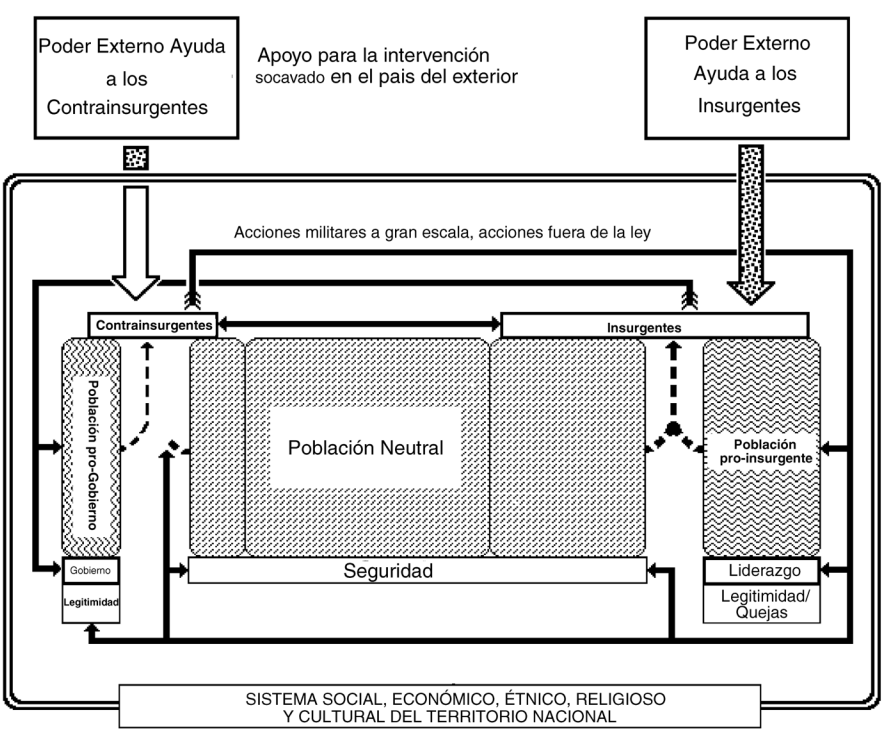
gencia derivada de sus propios esfuerzos, del segmento pro-gobierno de la población y de aquéllos que piensan que su seguridad será mejor servido por las fuerza contrainsurgentes. La inteligencia siempre ha sido indispensable en las exitosas operaciones de contrainsurgencia, y siempre ha sido mucho más fácil para los insurgentes detectar los agentes del gobierno que es para las fuerzas contrainsurgentes localizar los insurgentes inmersos en la mar de la población.

Puesto que no todos los actos de terrorismo califican como actos de guerra, el terrorismo, igual que la guerra, es la violencia diseñada para lograr un resultado político. Los insurgentes a menudo emplean las tácticas terroristas como una forma de violencia discriminada. De hecho, la diferencia entre la insurgencia y el terrorismo no yace tanto en el carácter de la violencia empleada sino en su frecuencia y escala. Los terroristas normalmente operan en pequeñas células, aun solos. Los guerrilleros, que tienen una superioridad numérica y el apoyo más amplio, atacan con mayor frecuencia y emplean una variedad más amplia de tácticas que los terroristas. Mao habló de tres fases de un conflicto armado: la guerra de guerrilla; la coordinación de las unidades guerrilleras y una fuerza principal limitada en un conflicto más intenso; y finalmente, la guerra convencional. A éstos podemos agregar un cuarto elemento—el terrorismo—cuando es la fase inicial de un conflicto armado antes de tener el apoyo suficiente para comenzar una guerra de guerrilla.[4]

Durante la Guerra Fría, los poderes externos complicaron la dinámica de insurgencia porque los partidarios externos consideraron estos conflictos como la guerra limitada en términos clausewitzianos.[5] Aunque la victoria prometió algunas ventajas, la derrota no amenazó la existencia del estado externo; esta no fue una lucha para sobrevivir, aun si la guerra era total, ilimitada, donde el ganador se lo lleva todo para los adversarios dentro de la caja. La insurgencia es una forma de guerra asimétrica no sólo porque las partes opositoras emplean distintos tipos de armas y tácticas, sino también porque tienen distintos niveles de compromiso.

En la última mitad del siglo XX, la mejor manera de neutralizar el apoyo externo a los contrainsurgentes era cambiar los sentimientos en el país externo en contra de la intervención. El apoyo disminuye cuando las desventajas para replegar parecen ser remotas y escasas, y los gastos y pérdida de vidas son evidentes. Muchos de los que participaron en las protestas en contra de la guerra en Vietnam se sentían motivados por la consciencia, pero los EE.UU. se retiraron de Vietnam debido a los costos, no por la causa. En un punto dado, continuar la lucha no valió la pena. Los comentarios acerca del repliegue soviético de la guerra civil en Afganistán podrían ser lo mismo.

El apoyo externo a los insurgentes es otro asunto porque aquéllos que apoyan a los insurgentes normalmente han preferido proporcionar armas, abastecimientos, dinero y otras formas de apoyo, en lugar de poner botas en el terreno. De hecho, si muchas fuerzas extranjeras van a otro país para atacar su gobierno, sería una invasión y no una insurgencia. Es verdad que Vietnam del Norte desplegó sus fuerzas regulares en el Sur en una invasión de cierto tipo, pero Vietnam del Norte pensó que luchaba en una guerra civil. El factor crucial es que la Unión Soviética y China no desplegaron muchas tropas allí. Puesto que el apoyo externo para los insurgentes es principalmente apoyo material, la mejor manera de



pararlo es la interdicción del flujo de equipamiento, no socavar el apoyo popular en el poder externo. Esta lucha es más física que política.

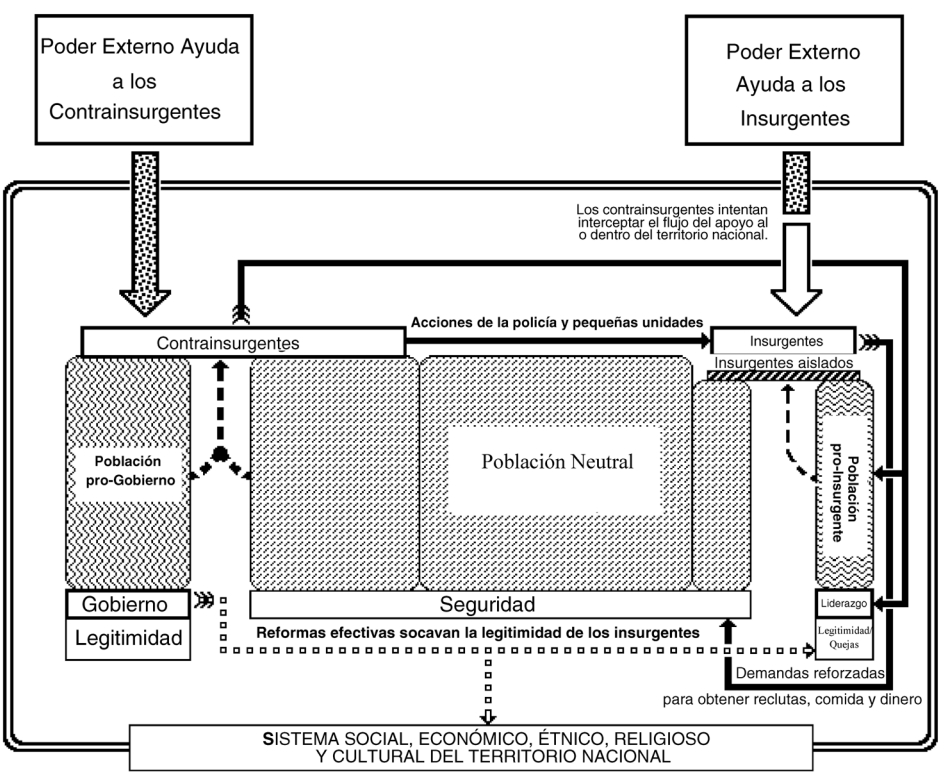
Una insurgencia exitosa

Una insurgencia durante la Guerra Fría era prueba de fuertes sentimientos en oposición a un gobierno existente. Las reivindicaciones que impulsaron la resistencia eran ampliamente percibidas como legítimas. Los regímenes en el poder no podían aliviar las quejas por razones políticas, económicas, sociales o culturales. Por ejemplo, si el asunto era la desigualdad económica, aquéllos que controlaban la riqueza y las tierras respaldaban el gobierno precisamente porque éste mantenía su dominio; el gobierno podía ofrecer poco a los pobres sin tierra sin erosionar su más importante base de poder. Los contrainsurgentes enfrentaron una lucha difícil en la defensa de un régimen con poca legitimidad.

Si eran respaldados sólo por un pequeño segmento de la población, el gobierno y sus fuerzas de contrainsurgencia posiblemente quedarían atascados en un ciclo contraproducente, un tipo de espiral de muerte. Para actuar eficazmente se requirió la inteligencia; pero la base menor de la población que cooperó con el gobierno proporcionó sólo una limitada inteligencia. Al carecer de inteligencia, el gobierno no puede concentrar sus ataques; ejecutó operaciones de gran escala, tales como de rastreo y misiones de búsqueda y ataque que probablemente infligirían violencia en la población en general. Como consecuencia, el gobierno erosionó la seguridad de su propia población, por ende, su propia legitimidad.

Cuando el gobierno actuó como enemigo de la población, esta última rehusó apoyar el gobierno con la inteligencia. Los asaltos torpes del gobierno en contra de los insurgentes se vuelven ataques en el flujo de inteligencia del gobierno. Como resultado, el gobierno se volvió ciego y dependiente de los tipos erróneos de operaciones contrainsurgentes y recurrió a las acciones ilegales en contra de sus leyes y el concepto de justicia de su población. Los arrestos sin causa, detención sin procesamiento, tortura y ejecuciones sumarias podían producir algunos resultados a corto plazo, pero también podía socavar la legitimidad de gobierno y eventualmente resultar en la derrota. Por ejemplo, las fuerzas de contrainsurgencia de Francia emplearon métodos severos en Argelia que posiblemente ayudó sus esfuerzos en Argelia pero erosionó el apoyo para la guerra en Francia. La contrainsurgencia más citada como un éxito—la derrota de insurgentes marxistas en Malaya—adoptó el principio que el gobierno debe abstenerse de desobedecer sus propias leyes.

Aunque las dictaduras brutalmente represivas usan el terror y la tortura en contra de su propia población y sobreviven, los EE.UU. no pueden emplear estas tácticas. Dado que cualquier acto que hacen las fuerzas de los EE.UU. será sujeto de un escrutinio intenso por los medios de comunicación, mantener algo secreto es casi imposible. La moralidad nos debe guiar, pero aun si los cínicos pueden desecharlo, los realistas aún tendrían que admitir que si los EE.UU. apoyaran a los regímenes horriblemente represivos, esto socavaría el apoyo popular de la política exterior de los EE.UU. Durante la Guerra Fría, muchos estaban dispuestos a ignorar las tácticas de nuestros aliados, pero aun entonces existían límites. La foto del jefe de la policía en Saigon implementando la justicia callejera al disparar a un sospechoso viet cong en la cabeza llegó a ser un símbolo para los opositores de la guerra en los EE.UU.



En las insurgencias de la Guerra Fría, vaciló el apoyo cuando la población de un poder externo se convirtió a simpatía para la causa insurgente o, más comúnmente, se inquietó con los altos costos de la contrainsurgencia. Los argelinos ganaron su independencia al aguantar más tiempo que la resolución francesa. Una década después, la población norteamericana se opuso a la intervención en Vietnam debido al creciente número de bajas en lo que parecía ser una guerra interminable.

La salida de un poder externo debilitó a los contrainsurgentes al retirar sus fuerzas y quitar el apoyo material. También dio ímpetu a los insurgentes, y en la guerra, el ímpetu tiene un valor igual a varios batallones.

Una contrainsurgencia exitosa

Obsesionados con el fracaso de Vietnam, los norteamericanos a menudo olviden que han habido varias contrainsurgencias exitosas, tales como la victoria filipina en contra del grupo tribal Huk (1946-1954) y el éxito de los británicos en Malaya (1948-1957). Hay algunos que consideran que el apoyo de los EE.UU. a los contrainsurgentes en El Salvador durante la década de los 80 fue también una victoria aunque esto aún se debate. Se detuvo a los insurgentes, pero sólo al proporcionar el apoyo masivo a un pequeño grupo élite opresivo. Aquéllos que sugieren que la "opción Salvador" merece ser seguida suelen tener una opinión cínica acerca de la contrainsurgencia.[6] No obstante, es posible sustraer lecciones de los esfuerzos fracasados, incluyendo la intervención norteamericana en Vietnam.

Idealmente, un esfuerzo exitoso de contrainsurgencia se basa no sólo en la acción militar eficaz sino en la verdadera reforma por un gobierno que cuenta con la lealtad de su población. Este tipo de reforma puede aliviar las reivindicaciones que podía dar legitimidad a los insurgentes desde la óptica de sus partidarios, y un aumento en el apoyo popular incrementa la inteligencia que lo hace más fácil realizar las operaciones concentradas en contra de los insurgentes. Esto fue el caso cuando las fuerzas gubernamentales que luchaban contra los Huk aumentaron el apoyo popular al incrementar la seguridad de la población y realizar las operaciones de contrainsurgencia en una manera que minimizó las bajas entre los no combatientes. En el caso de la Filipinas y el de Malaya, operaciones policíacas y de pequeñas unidades militares eran la norma, y no las operaciones de mazo. Las fuerzas militares aprendieron actuar en una manera que no dio la impresión que éstas consideraron la población en general como el enemigo. Una población que podía ver cada vez más que las fuerzas de contrainsurgencia les proporcionaban la seguridad era cada vez más probable de apoyarlas y brindarles la inteligencia vital.

La violencia concentrada por pequeños grupos de fuerzas contrainsurgentes produjo mejores resultados con el residuo menor. No obstante, es debatible si este tipo de principio justificó el uso de "escuadras de muerte" como fue en el programa *Phoenix* [Fénix] en Vietnam o en El Salvador. Sin duda alguna, los líderes de una insurgencia son blancos legítimos, pero para que esta política sea eficaz, la inteligencia debe ser precisa. Algunas veces, aquéllos que identifican a otros individuos para el ataque solamente tienen una cuenta personal pendiente que quieren resolver. En El Salvador, se empleó el asesinato para silenciar a las voces de reforma legítimas, no sólo para decapitar al movimiento insurgente. En este caso, la acción "enfocada" llegó a ser prueba de una dictadura y corrupción autoritaria. También existió una pregunta más profunda. En una lucha por la legitimidad basada en la justicia, ¿puede el gobierno ejecutar sus oponentes sin procesamiento? Eso fue lo que significaron los asesinatos de los líderes insurgentes en El Salvador y Vietnam.

Los asaltos torpes del gobierno en contra de los insurgentes se vuelven ataques en el flujo de inteligencia del gobierno. Como resultado, el gobierno se volvió ciego y dependiente de los tipos erróneos de operaciones contrainsurgentes y recurrió a las acciones ilegales en contra de sus leyes y el concepto de justicia de su población. Los arrestos sin causa, detención sin procesamiento, tortura y ejecuciones sumarias podían producir algunos resultados a corto plazo, pero también podía socavar la legitimidad de gobierno y eventualmente resultar en la derrota.

Sin socavar su legitimidad, los británicos eficazmente debilitaron a los insurgentes en Malaya al aislarlos de sus partidarios. Eso fue posible porque se podían identificar los partidarios como una minoría específica—los chinos étnicos que trabajaban en las haciendas. Al trasladar esta población a colonizaciones fortificadas, los británicos encerraron la población pro-insurgente fuera del alcance de los insurgentes; o sea, les habían privado a los peces de la mar. El aislamiento logrado en Malaya fue literal y físico, pero en un sentido más figurativo, los contrainsurgentes deben poder aislar los insurgentes de su base de apoyo para lograr la victoria.

Para logar el éxito en una contrainsurgencia, la mayoría de la población eventualmente debe considerar a los insurgentes como un elemento extranjero, como bandidos. El mar debe secarse. Cuando esto ocurrió durante la Guerra Fría, los insurgentes en decadencia adoptaban las tácticas que sólo causaron que la población los rechace.

Los insurgentes llegaron a ser la fuente de inseguridad, no de esperanza. Estos necesitaban dinero, comida y reclutas y si no podían asegurarlos de sus partidarios voluntarios, los extorsionaban de los involuntarios. Se transformaron de seres nobles a meros ladrones.

Lecciones aprendidas

¿Qué nos enseña un modelo histórico basado en la experiencia de la Guerra Fría acerca del conflicto en Irak? El éxito no se puede lograr sin proporcionar seguridad a la población en general. La inteligencia sigue siendo el recurso clave para luchar eficazmente porque se debe enfocar la acción militar para evitar las bajas no combatientes y la destrucción innecesaria. El apoyo popular en los EE.UU. es nuestro centro de gravedad más vulnerable. Aunque existen distintos puntos importantes. La insurrección ocurrió sólo después de que una campaña convencional derrocó al régimen de Saddam Hussein. No comenzó como un ataque en contra de un régimen indígena; ha sido dirigido hacia las fuerzas de los EE.UU. y en contra de aquellos iraquíes que trabajan con éstas. Puesto que los grandes estados externos intervinieron de parte de los insurgentes durante la Guerra Fría, en la nueva época de economías globalizadas y la insurgencia globalizada, el apoyo viene de elementos no estatales—individuos y grupos islámicos radicales dispuestos a atacar lo que piensan es un país anti-islámico—los EE.UU. Anteriormente las rivalidades entre las superpotencias y la ideología marxista jugaron papeles, pero ahora los insurgentes hablan en términos de religión y etnicidad. Estas preocupaciones parecen ser más inmutables, pero se puede esperar la victoria mediante votos en lugar de balas. Sólo el tiempo dirá.

Las tropas de los EE.UU. deben concentrarse tanto en la formación de estados y la imposición de la paz que requieren otras tácticas en lugar de las operaciones convencionales y una sicología diferente que el espíritu guerrero. Para lograr el éxito, los EE.UU. deben obtener el apoyo, o por lo menos la conformidad de la mayoría de la población de Irak, pero esto quiere decir que las tropas de los EE.UU. deben aceptar los riesgos. Mandar patrullas en las calles es mucho más peligroso que lanzar bombas desde una altura de 3.000 metros.

La declaración más restringida que oigo es aquella que resalta que: "Ellos sólo entienden el uso de la fuerza." O, "Si sólo pudiéramos conducir la guerra sin restricciones, ganaríamos." La verdad es que todo el mundo entiende el uso de la fuerza, y todo el mundo puede ser batido e intimidado con la violencia, pero el uso de la violencia genera tres cosas: rencor, resistencia y venganza. La gente que sostiene que el enemigo sólo entiende el uso de la fuerza implica que la fuerza gana el respeto. En realidad, la fuerza normalmente imbuye temor. No queremos recrear el régimen de temor de Saddam, así que debemos usar más que la fuerza por sí sola.

El análisis más sabio de la contrainsurgencia en Irak provino de un Coronel no identificado en *CNN* que declaró que no podemos ganar los corazones y mentes de los iraquíes sino proporcionar seguridad y establecer confianza. En la seguridad yace el apoyo de la mayoría y el ambiente en el cual un estado nuevo y mejor puede surgir.***MR***

NOTAS

1. Tom Clancy, con el General (Retirado) Anthony Zinni, Cuerpo de Infantería de Marina de los EE.UU., y Tony Koltz, *Battle Ready* (Nueva York: G.P. Putnam and Sons, 2004), pág. 424.
2. Thomas P.M. Barnett, *The Pentagon's New Map: War and Peace in the Twenty-first Century* (Nueva York: G.P. Putnam and Sons, 2004).
3. Robert Asprey, *War in the Shadows* (Garden City, Nueva York: Doubleday and Company, Inc., 1975).
4. Véase el análisis de terrorismo en John A. Lynn, *Battle: A History of Combat and Culture*, revisado y ampliado (Boulder, Colorado: Westview Press, 2004), epílogo.
5. Véase mi consideración de esta dinámica en "War of Annihilation, War of Attrition, and War of Legitimacy: A Neo-Clausewitzian Approach to Twentieth-Century Conflicts," *Marine Corps Gazette* 80, pág. 10 (octubre de 1996).
6. Aquéllos entusiastas de la opción de El Salvador pueden leer Mario Lunga Uclés, *El Salvador in the Eighties: Counterinsurgency and Revolution* (Filadelfia: Temple University Press, 1996) para una opinión marxista aleccionadora y explícita.

El Dr. John A. Lynn es Profesor de Historia en la Universidad de Illinois, Urbana-Champaign. Recibió su licenciatura de la Universidad de Illinois, su Maestría de la Universidad de California, Davis, y su Doctorado en la Universidad de California, Los Ángeles. Es autor de Battle: A History of Combat and Culture*, revisado en la 2ª edición (Boulder, Colorado: Westview Press, 2004).* *Quisiera agradecer a Glenn Harned por sus contribuciones fundamentales para este artículo y Fred Jaher por sus correcciones.*